

za eran admirablemente sostenidos por las virtudes celestiales que llenaban su corazón.

Lo mismo acontece, aunque en diversos grados, con todos los predicadores á quienes el espíritu de Jesucristo anima y sostiene. ¿Qué no pudiéramos decir en esta época de un Cardenal de Berulle, de quien el célebre Du Perron decia: *Si quereis convencer á los hereges, enviádmelos; si quereis convertirlos, llevadlos á Francisco de Sales; pero si deseáis convencerlos y convertirlos al mismo tiempo, es menester enviarlos á M. de Berulle?* ¿Qué no podríamos escribir de un P. Suffren, que atraía la muchedumbre alrededor del púlpito, y despues de dominar á todos sus oyentes con la autoridad de sus palabras, los conmovia con el ejemplo de su piedad? ¿Qué de un Padre Edmundo Anger, que en tiempos de Enrique III, por su celo y por su elocuencia convirtió á cuarenta mil protestantes? ¿Qué, por último, de todos esos oradores de la Compañía de Jesus, de las congregaciones del Oratorio, de San Lázaro y otros, que han predicado y aun predicán con tanto celo y provecho en los campos, en las ciudades, en la corte de los principes y en todas partes? ¡Ahl cada vez nos convencemos mas de que nuestra tarea es interminable: trabas enojosas, pero inquebrantables, nos impiden dar toda la estension que quisiéramos á este libro, que de hoy en adelante nos proponemos revisar y enriquecer constantemente, á fin de que, así como hoy constituye la humilde ofrenda del agradecimiento y el cariño hácia el *mejor de los Padres*, en lo sucesivo pueda llegar á ser el testimonio mas grande del amor que profesamos á nuestros hijos.

CAPITULO II.

Misticismo.—Origen y vicisitudes del Panegírico.—Desarrollo de los idiomas modernos: riqueza de nuestra lengua vulgar.—ESCUELA MÍSTICA ESPAÑOLA.—Consideraciones generales.—Venagas.—V. Juan de Avila.—V. Fr. Luis de Granada.

Causas intimamente relacionadas con las necesidades de la Iglesia, con el espíritu religioso del pueblo y la vocación verdadera de los predicadores, esplican clara y distintamente en nuestro sentir el adelantamiento progresivo de la Elocuencia cristiana en la época que nos ocupa: la teología escolástica, que habia producido grandes oradores, escritores distinguidos y obras de indisputable mérito, perdió terreno por la afición á los estudios clásicos. Desnaturalizado hasta cierto punto el verdadero carácter de la oratoria del púlpito, fué preciso volverlo al cauce de que tan lastimosamente se habia extraviado; y para esto, no era necesario tanto dictar nuevas reglas, como destruir las trabas enojosas de una dialéctica incomprendible y enfadosa, inspirarse en el gran modelo, imitar á Jesucristo, dar, en una palabra, luz al entendimiento y calor á la voluntad.

En momento tan crítico y oportuno alcanzó su mayor en-

grandecimiento la escuela mística. Una revolucion filosófica contribuyó al desenvolvimiento del espíritu; la vida monástica produjo un libro inimitable, y la crítica un grandioso monumento de memoria imperecedera entre los hombres. De la filosofía escolástica se pasó al espiritualismo; de la concentración religiosa de los siglos medios á la sencilla manifestación de los afectos íntimos del alma, que singulariza las obras y los sermones de la época á que hemos llegado.

La escuela mística no fué en este período histórico una novedad, sino un refugio; el misticismo, producto de un hastío comprensible á las cosas de la vida, á la ciencia presuntuosa que nada enseña, á las riquezas que no alivian nuestros dolores, á la vanidad ridícula y al afán inmoderado de las glorias humanas, que dejan un vacío insondable en el corazón, data de muy atrás; la *Imitación de Cristo*, de Tomás Kempis, es su más genuina y perfecta encarnación. En vez del procedimiento lógico y de la aridez de la exposición, los místicos de todas las épocas rindieron culto al lenguaje de la imaginación, llegando hasta interpretar la naturaleza de una manera simbólica. Desdeñando el apoyo de los sentidos, se apoyaron en la parte sensible y en esa misteriosa inclinación que nos hace desear un bien absoluto; contribuyendo á dar colorido, á dar vida á dos hechos importantísimos en el estudio de la naturaleza humana, que son la idea intuitiva de lo infinito y el afán de conseguirlo, elemento auxiliar de la filosofía para el exámen minucioso de los elementos constitutivos de nuestro ser, de los fenómenos de nuestra conciencia, de las contradicciones aparentes, ficticias, que hay en el hombre, y que han contribuido á estraviar á los que para hallar la verdad han rehusado la antorcha de la fé y negado la necesidad de la revelación.

Hemos dicho que la *Imitación de Cristo*, de Tomás Kempis, es la manifestación más perfecta del más puro misticismo; y con efecto, basta abrir las páginas de ese libro, escrito para todos los pueblos y para todas las épocas, para los sábios y los ignorantes, para los sacerdotes y los legos, traducido á todos los idiomas, elogiado por Leibnitz, y el más bello, en sentir de Fontenelle, de cuantos se han escrito, para convencerse que por él se llega al más alto grado de la perfección cristiana; razón por la cual debió tener grandísima influencia en la oratoria del púlpito, como en las demás composiciones religiosas de diversos siglos.

Con el fin de señalarle un origen misterioso, se ha supuesto que este libro no pertenece á un pueblo, á un hombre, ni á un siglo siquiera; y leyendo la *Imitación de Cristo*, es fácil sentirse inclinados á conformarse con esta estraña opinión. Por otra parte, como el momento de su aparición en el mundo está rodeado de cierta oscuridad, naturalmente se ocurren estas dudas: ¿Fué obra de un solo hombre, de varios autores contemporáneos, ó de un siglo? ¿quién pudo escribir esto? Sería menester, para dar á luz un trabajo tan completo, que lentamente muchos sábios fueran poniendo cada uno su letra en este monumento anónimo, arrimando su piedra hasta levantar este soberbio templo, donde se recoge el espíritu de Dios. Pero estas estrañas opiniones, si pudieron tener algún fundamento, hoy la crítica las ha destruido por completo (1).

(1) Un monje benedictino acaba de recorrer los archivos de la Holanda, persiguiendo, con el celo de un religioso y la paciente laboriosidad de un hombre de estudio, la sombra de Tomás de Kempis. En Devanter ha creído escuchar los sollozos de su infancia, y en Zwolle se ha detenido á pedir una reliquia: ha ojeado libros y manuscritos en los Seminarios de Haren y de Warmond, y tomado alguna parte en es-

Las *Actas de los Santos* dan principio en el siglo XVI. A esta época cabe la gloria de haber iniciado un pensamiento tan colosal como provechoso. Lipomani, Surio y otros preceden á Rosweyde; el P. Bolando perfecciona el plan de este último; y los hijos ilustres de la milicia santa de Jesus le continúan para aumentar los grandes títulos con que consiguen en todas épocas la admiración, el respeto de los hombres honrados y la persecución de los enemigos irreconciliables del individuo y la sociedad.

De las *Actas de los Santos* ha partido el gran desarrollo del *Panegírico*, cuyo origen debe buscarse en los primeros siglos de la Iglesia. En esta primera edad se leía el elogio de los mártires, de las vírgenes y los confesores de Cristo por el Pontífice ó los lectores; el pueblo los escuchaba en silencio; y las ovaciones de que fueron objeto los mas oscuros soldados de Cristo, superaron en brillo y magestad á las coronaciones y triunfos con que la Grecia premió las hazañas de sus héroes mas afamados.

«No puede dudarse que la elocuencia iba por este nuevo

tas investigaciones. Prescindiendo de la frialdad de los críticos, que en estas cuestiones suelen decidirse por lo mas singular, aunque no sea lo mas devoto ó lo mas antiguo; este religioso ha tratado con el Rector del Seminario de Warmond, quien en 1847 creia tener traducciones parciales de la *Imitación* anteriores á Kempis. Un bibliotecario de la Haya, Mr. Holtropp, ha tomado el partido de quitar en cuanto ha podido á fuerza de discusiones esta ilustre gloria de su país; y Mr. Kemper, traductor de unos opúsculos de Kempis, ha dicho que si la *Initacion* fuera suya, los opúsculos no lo serian. Por último, el Obispo de Brujas contradice á los hábiles, pero escépticos holandeses, y el monge benedictino cita una sabia disertación de este Prelado, con lo que habrá bastante por lo menos para reanimar esta tradición antigua ligeramente combatida por algunos críticos.— *Hollande catholique* par le R. P. Dom. Pitra.

sendero bien encaminada, porque ella, en rigor, no lo habia escogido, no hacia mas que seguir á la Iglesia, que despues de empapar sus vestiduras en la sangre vertida en los anfiteatros, iba á orearlas á los desiertos y á perfumarlas con el aroma vírgen de sus flores. Encontrábanse en los desiertos animosos combatientes, y su continua oración habia arrancado del cielo el favor necesario para sostener virtudes increíbles, de puro heróicas. La virtud de la paciencia, la virtud de la caridad, la virtud de la fortaleza, la virtud de la castidad, la virtud de la humildad, todas las virtudes, en una palabra, y todas las acciones de estos solitarios, habian sido elevadas con generoso esfuerzo á tal grado de santidad, que bien merecia este sacrificio incruento honores semejantes á los que la Iglesia tributaba á los mártires. Seria menester ensayar un nuevo panegírico, un distinto género de leyendas, por las nuevas palmas y coronas que esmaltaban el campo de la Iglesia. Como la vida de los santos confesores suele ser un combate sin tregua, una larga agonía, el *encomium* pudo alargarse sin pesadez, porque á cada sacrificio se hace interesante, y los sacrificios se repiten á cada momento: las virtudes se distinguen, las victorias son frecuentes, las tentaciones arrecian, las visiones, el éxtasis, vienen en su auxilio, ofreciendo la historia de un santo, que muere tranquilamente en su lecho, accidentes tal vez mas extraordinarios que la de los mártires, en quienes el momento de una muerte violenta suele ser el mas grande y acaso el único momento de esa sublimidad dramática, de que los meros confesores han ofrecido muchos ejemplos en las difíciles y críticas situaciones de su existencia santa. La *Vida de los Padres del desierto* es un escelente repertorio de estos discursos; y eso que de ellosno es posible formarse una idea cabal, porque

no se conocen mas que algunos fragmentos: desconocido está el resto, como para complacer á los austeros cenobitas, que no quisieron la gloria ni las alabanzas de la posteridad.»

Timoteo, Arzobispo de Alejandria, Teodoreto y otros muchos compusieron obras, que aun cuando no todas han llegado hasta nosotros, con sola su noticia podemos inferir las diversas manifestaciones del panegirico cristiano, asunto digno de la elocuencia del púlpito en todos tiempos, y en cuyo auxilio vinieron los escritos de Casiano (*Collationes*), el *Paraiso* de Sofronio, las *Vidas* de algunos Padres, de San Gerónimo, las *Reglas* de San Basilio, los *Hechos* (*res gestæ*) que escribió San Damian, y sobre todo, la *Historia Lausiacæ*, así dicha por estar dedicada á Lauso, de los célebres Paladio y Teodoreto; obra curiosísima, que contiene ciento cincuenta y una *Vidas*, y que hace mas sensible que el Obispo Paladio cayera en el pelagianismo, como lo dicen á una voz San Gerónimo, San Gelasio y San Epifanio. Inspiran gran confianza tales escritos, asegurándonos sus autores haber seguido las huellas de los santos: «Quos et ipse vidi.... cum quibus versatus sum in Ægypti solitudine, et in Lybia, et Thebaide, et Syene.... deinde in Mesopotamia, Palæstina, et Syria, in partibus Occidentis, et Romæ, et in Campania.»

Las actas, las leyendas y la vida de los santos sirven de mucho á las Iglesias orientales para cultivar el panegirico. El Occidente rinde tambien el homenaje de su admiracion á este género de elocuencia sagrada, de cuyas reglas habremos de ocuparnos en el tomo tercero, independiente hasta cierto punto de la historia, para hacer mas fácil su adquisicion (1),

(1) El tomo III de esta obra comprende las reglas, ó sea la segunda parte de nuestro trabajo, que segun ofrecimos, abraza no solo la historia,

pero que en nuestro plan constituye con los dos primeros un todo armónico y el nuevo método que nos atrevemos á someter á los RR. Prelados y al superior Consejo de instruccion pública para dar mayor importancia en las escuelas al estudio teórico y práctico de la oratoria sagrada, hoy desatendido en el plan vigente, á pesar del celo esquisito de los Diocesanos y de los profesores á quienes está encomendada esta asignatura.

Vienen mas tarde las heregias; los predicadores se ven precisados á aceptar la lucha en el terreno á que les conducen los enemigos de la verdad, y de aquí un nuevo género de elocuencia, de que ya nos hemos ocupado. No era suficiente sacar la doctrina de los ejemplos, era preciso esponerla, analizarla, comprobarla, y el panegirico se interrumpe sucediéndole las enérgicas improvisaciones de los PP., y mas tarde las de los misioneros, hasta que los Carmelitas, los Franciscos, Dominicos y Agustinos lo cultivan de nuevo con gran éxito y gloria de la Iglesia.

El pueblo cristiano, que en los primeros siglos se conmovia con la lectura del *encomium* en las viejas basílicas del Oriente, se conmovió de alegría con el relato de los triunfos que los santos alcanzaron por la práctica de las virtudes mas difíciles y con una muerte gloriosa. Los santos titulares, los santos patronos ó protectores, los antiguos anacoretas del yermo, como los modernos fundadores ó reformadores de las órdenes monásticas, he aquí las figuras mas admirables y mas veneradas del pueblo creyente; he aquí su familia, he aquí su cielo, he aquí su todo, con Jesucristo y su Madre Santísima y el celeste coro de los ángeles de su guarda. Así el panegirico precepto vivo y de gran utilidad para la enseñanza, sino la alta mision de la Elocuencia cristiana en nuestros dias y los medios de realizarla.

rico vino á ser, y sigue siendo, de un gusto popular, y nada puede justificar tanto, en esta materia, la buena eleccion del género y estilo, como el asentimiento y universal aplauso de las grandes masas. El giro es acertado, hasta un punto que los sábios no hubieran podido discurrir, como que equivale á reproducir las suaves emociones que experimentaban los fieles de los primeros siglos, rodeando el presbiterio en que se sentaba el Pontífice, bajo las bóvedas del magestuoso templo, restaurando la fé, el espíritu eclesiástico y las costumbres piadosas; debiendo recordar que las bellezas de la religion no serian siempre nuevas si al mismo tiempo no fueran siempre antiguas. El panegírico, sea en sermones, sea en leyendas, es lo que completa la instruccion religiosa del pueblo, y por esto en todas partes se ha dado igual estimacion á las *Memorias de los Santos*, á las *Vidas, sentencias y sermones de los monges*, al *Sanctilogium*, al *Speculum historiale*, á la *Biblia de los pobres*, al *Mar de los ejemplos*, á los *Apoteogmas* de San Francisco, á las *Palabras de oro* de Gilles, al *Libro de los hermanos Predicadores* y al *Año cristiano*.»

Así se espresa el eminente escritor (1) á quien hemos seguido principalmente al hacer una reseña histórica del panegírico, tan completa como era dable dentro de las condiciones de nuestro libro. Tales han sido las vicisitudes de ese género de oratoria, cuyo gran desarrollo promueven las *Actas de los Santos*, cuyos adelantos favorecen diversas causas en el siglo XVI, y entre otras principalmente, el desarrollo y perfeccionamiento de las lenguas vulgares, la escuela mística formada por los hombres de santidad y de genio, la reforma de las órdenes monásticas, la tendencia espiritualista que to-

(1) El señor Muñoz y Garnica. Prólogo á sus sermones panegíricos.

maron las ciencias y el desarrollo de todos los elementos que constituyen la moderna civilizacion.

No entra en nuestro plan deternernos á estudiar las diversas causas que determinan en el periodo histórico á que hemos llegado, el gran desarrollo de los idiomas modernos; ocupacion es esta que requiere mayor espacio del que nosotros podemos disponer, y que á mas de esto nos apartaria del principal objeto de nuestras tareas. Pero ya que de este particular se han ocupado otros, olvidando lo mucho que al desenvolvimiento de las lenguas contribuyeron los predicadores del Evangelio, justo es que reclamemos para ellos en este momento el mas oportuno, sin duda, la parte de gloria que les corresponde por haber conservado y estendido uno de los elementos mas esenciales de la vitalidad de los pueblos, hermanándole con el sentimiento religioso, y haciéndole por este medio mas digno de respeto y veneracion. No de otro modo el catolicismo ha impulsado las ciencias, las artes y la literatura, revistiéndolas de nuevos caracteres, y presentándolas al pueblo como presentes de inestimable precio otorgados por Dios á la humanidad en premio de sus virtudes.

A la oratoria del púlpito se debe en gran parte el desarrollo de las lenguas modernas: los predicadores, despues de vencer arraigadas preocupaciones que merecen disculpa, se apoderaron del idioma comun, y tomando del pueblo las imágenes, el animado colorido de su lenguaje, lo enriquecieron, y con notable facilidad estendieron por este medio un espíritu ardientemente religioso, encarnando en la oratoria los trabajos de la mística, que tan bien sentaba á los pueblos del Norte por las abstracciones á que los encamina-

ba, como á los del Mediodía por la uncion fervorosa y la vivísima lumbre de sus levantados conceptos.

Nada mas injusto que censurar en este particular á los primeros varones apostólicos que predicaron ó escribieron en lengua vulgar. Siguiendo los impulsos de su corazon avivaron el amor pátrio, antes adormecido, creando para cada pueblo una literatura propia y en armonía con sus necesidades é inclinaciones. En Alemania el misticismo propendia á las abstracciones, como á la metafísica entre los ingleses: la Elocuencia sagrada tomó el giro áspero del dogmatismo, pero en parte alguna como en España, acaso por su separacion del resto de Europa, por los rasgos de originalidad impresos en su civilizacion y en sus costumbres, tomó la lengua nacional un desarrollo mas rápido, llegando en poco tiempo á un alto grado de perfeccion.

Ocupémonos, pues, por algunos instantes de este particular que mas de cerca nos interesa.

La lengua castellana empezó, dice el erudito Capmany, á ser idioma *vulgar* en el siglo X; tomó índole y forma de dialecto culto en tiempo de Alfonso el Sábio; adquirió cierta grandiosidad bajo los reinados de D. Juan II y D. Fernando el Católico; brilló con pompa y magestad en tiempo de Carlos I, y por último, se enriqueció y añadió á su abundancia mayor suavidad y armonía en la época de Felipe II.

La opinion mas autorizada en este punto, es que el romance ó lengua castellana se formó de la mezcla del latin y los idiomas germánicos: que los españoles que se salvaron en el siglo VIII de la esclavitud conservaron el habla corriente, que era entonces un latin desfigurado por la pronunciacion gótica; y por último, que verificada la reconquista, nuevos elemen-

tos hicieron progresar nuestro idioma, perdiendo gran parte de su primitiva dureza y adquiriendo mayor suavidad y armonía.

Lo que á nuestro propósito conviene hacer constar, prescindiendo de estas disputas, es que no bien aparecen los primeros monumentos de nuestra lengua nacional, ya vemos que se consagran á ensalzar las glorias de la religion, de tal manera, que á raiz del poema del Cid, nos vemos precisados á admirar la musa de Berceo (1), y no bien se cantan las hazañas del héroe popular, personificacion del valor y la hidalguía castellana, se entonan himnos en alabanza de Santo Domingo de Silos. Los primeros adelantos se perciben, pues, en composiciones religiosas, y desde luego la inspiracion cristiana supera á la caballeresca (2).

Las apariciones milagrosas, la ternura y la pueril sencillez contrapuestas á las pompas y solemnidades que se agrupan en estrañas y casi siempre monótonas cadencias, tal es el conjunto que ofrece nuestra vieja musa popular, tales son las primicias de una lengua que al nacer articula el nombre de Dios.

En el mismo estilo de Berceo, aunque no tan buenos, escribió dos poemas el *Beneficiado de Ubeda*, uno de la *Vida de San*

(1) De Berceo se sabe que fué sacerdote y monge en el monasterio de San Millan.

(2) Véase á Schlegel en su *Curso de literatura*; á Dozy, en sus *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen age*; á Puibusque, en su *Histoire comparée des litteratures*; á Tikhnor, en su *Historia de la literatura española*; á Sarmiento, *Memorias sobre los poetas españoles*; á Velazquez, *Origenes de la lengua*; á Mayans, Amador de los Rios y á otros que se han ocupado de esta materia y que en su mayor parte se hallan citados, como son Aguirre, Florez, Mariana, Masdeu, etc.